

## Reminiscencias

Sabía que estaba soñando, pero no le importó. En el sueño tenía varios años menos y un deseo irrefrenable de visitar una vieja casa de tejas verdes en la que nunca había estado, aunque pasaba a menudo por el camino que rodeaba la colina. Era un caserón sin habitantes que, por alguna incomprensible razón, se conservaba en perfectas condiciones. Se había preguntado en la vigilia, y se volvía a preguntar en sueños, por qué la casa no sufría el deterioro que acarrea el paso del tiempo. Pero no había sentido la necesidad de darse una respuesta.

El sendero que conducía hasta la casa era empinado y estaba tapizado de piedras redondas que hacían difícil la marcha, aunque el insensato anhelo por llegar disipaba el cansancio como si se tratara de simple y puro vapor de agua. ¿Por qué la urgencia? ¿Y si tropiezo y caigo y ruedo cuesta abajo?, reflexionó. Los que me encuentren dirán: pobre viejo, murió tratando de subir una montaña. Y él, muerto y todo, les respondería: están equivocados. Lo diría así, sin mayores explicaciones, para que se queden con la ganas de saber más. Aunque bien mirado: ¿por qué debería resbalar? A medida que subía, el cansancio y el dolor en las rodillas iban quedando atrás. Y cuando finalmente empujó la puerta cancel de la mansión, con esa ilógica imperativa de los sueños, se encontró en el recibidor, y sin solución de continuidad, recorría un largo pasillo con una asombrosa cantidad de puertas. Esto no es una casa, se dijo; es un hotel, pero las puertas no estaban numeradas y él tampoco sabía qué buscaba. Una única esperanza, como una raja de luz profanando una grieta, sugería que, en el fondo sabía a *quién* buscaba. Esa marcha a ciegas, silenciosa y blanda, culminó ante una puerta que no se diferenciaba en nada de las otras. Sin embargo, no dudó. Apoyó la mano en el picaporte y la puerta se abrió.

Aunque sumida en la oscuridad, la habitación no estaba vacía. Olió una fragancia, oyó un susurro. Un cuerpo se movió hacia él, y por un segundo divisó un contorno, como una aureola, una luz apenas dorada en la penumbra.

Ella no dijo nada, le tomó la mano y la besó. La boca era suave y parecía haber atravesado una gran distancia, por lo que el aire de miles de regiones y los colores de miles de paisajes aletearon un instante, invisibles y porfiados. Él, sin abandonar la calidez de aquellos dedos, se movió para rodearla y la abrazó. ¿Sabía quién era? No lo sabía. Los sueños son parcos a la hora de proporcionar esa clase de datos; y este sueño en particular era tan escueto como una sílaba. Así y todo arqueó el cuello y buscó los labios de ella, y los labios se abrieron, húmedos, dóciles. Aunque estoy soñando, pensó, esto es muy placentero. ¿Por qué me espera una desconocida en una habitación oscura de un hotel sin nombre? Porque esto no es eso, se respondió. Había fabricado esa sucesión de imágenes con recuerdos tomados de aquí y de allá, en inesperados recodos del camino, en bolsas guardadas en cajones, en cajones cerrados con llave. Y allí habían permanecido, intemporales, latentes, aguardando el momento adecuado para hacerse carne y piel, ahora, en este mágico momento. La respuesta silenciosa fue un sí rotundo; conocía los laberintos de su memoria como cada rincón de su propio cuerpo. ¿Acaso necesitaban hablar? Supo que no cuando una fina llovizna empezó a caer del techo. Agua, simple y tibia. Y en su lengua apareció un trozo de pulpa de una fruta desconocida, ácida y fresca, aromatizada con el sabor de la saliva de la mujer. Entonces, los brazos de ella se alzaron, exponiendo los mojados pezones a sus caricias. Bebió el licor, el agua, la leche, el jugo de la exquisita fantasía macerada en la larga, infinita espera. Estaba recibiendo la recompensa de un deseo antiguo e inconcluso. Ella lo sabía y permitió más. De pronto, estaban desnudos y el tiempo se estiraba, oscuro y denso como humo, pero una urgencia indeseable cruzó el cielo como un pájaro perdido; empezó a temer la llegada de un enemigo fatal: el despertar;

temblaba ante la posibilidad de que el sueño desembocara en otro sueño; temió morir en ese instante. Pero ella detuvo la fuga usando unas pocas palabras.

—No —dijo, y todo volvió a comenzar desde el principio, como una cinta que se rebobina y se vuelve a pasar—. Es mi sueño —agregó—. ¿No lo sabías? ¿Creíste que era tuyo? —Volvieron a la primera caricia y el primer beso, los cuerpos respondiendo acoplados al deseo, aunque el deseo, desde siempre, fuera un viejo tratando de subir la pendiente, rumbo a la casa de tejas verdes. Recordó: se habían citado en ese lugar, en alguna otra vida, y él, acuciado por responsabilidades, atado por un amor en ruinas, decidió no acudir, no fue, huyó como un conejo asustado. Y en el sueño de ella, que también era el de él, perfectamente consciente de lo que sentían y querían, se amaron sin reproches, despacio, saboreando cada roce, comiéndonos el cuerpo como ráfagas de viento que roban el paisaje, subiendo juntos la cuesta, hacia la casa de tejas verdes. Pero esta vez el camino era liso, y lo flanqueaban macizos de flores pequeñas, rojas, amarillas, anaranjadas. Subieron y subieron y subieron, tomados de la mano, dueños de todas las sensaciones posibles, aun las que no les pertenecían. Luego sonó un trueno brutal, desafiante, pero ya era tarde para otro final; en ese momento dejó de llover y ya no necesitaron esconderse de nada ni de nadie. Y lo más importante: él aún no ha despertado, y no despertará jamás.

Sergio Gaut vel Hartman